

Alda Lozano



Alda Lozano es muchas cosas pero ¿cómo se definiría artísticamente usando tres adjetivos? Soy un ser pasional (con todo lo que ello implica), siempre en aprendizaje y hambriento en casi todas mis vertientes. Se puede traducir en: *intensita*, aplicada e insaciable.

Hace tiempo te vimos en una entrevista en La Frontera a cuenta de *Está todo pagado*. Fue maravilloso ver a la actriz Esther Gimeno y a su directora ocupar el sofá para hablar de su trabajo. Sólo faltó que el texto fuera también de una mujer, sin desmerecer a José Cruz, lógicamente. Hablando de ocupar espacio... ¿Cuánto ocupa el “manspreading” del hombre en el teatro? Bueno, para mí no es relevante que un texto sea escrito o no también por una mujer, en eso, creo, no debería consistir el feminismo. Lo catastrófico es que sea destacable en los tiempos que corren que dos mujeres promocionen un proyecto artístico. Creo que en España la cultura es una tarta que se reparte entre unos pocos, que son siempre los mismos y que suelen tener polla. No sé por qué nos sorprende que los personajes femeninos en la ficción sean tan pocos y estén tan tipificados cuando en la vida real seguimos sin protagonizar la mayoría de las aventuras y, cuando lo hacemos, nos parece todo un acontecimiento. No debería de ser así.

¿Merece la pena seguir formulando propuestas que hagan del teatro un medio para generar cambios sociales? Pienso que en teatro no es necesario manifestar un propósito social determinado porque yo no concibo la existencia de una propuesta escénica exenta de ideología. El teatro es ideológico por naturaleza, expresa, inevitablemente, una realidad

desde una valoración y un posicionamiento y, por lo tanto, es un arma de conciencia, y muy potente. ¿Merece la pena seguir haciendo teatro en los tiempos que corren? Pues espero que sí. No hay que perder la esperanza.

¿Hasta dónde se puede llegar en escena? ¿Hay límites? ¿Te los pones cuando escribes? ¿Prácticas la autocensura? Me parece que siempre hay límites. De diversa índole y unos más impuestos que otros, claro. En mi caso, como autora, siempre pienso como directora y miro por la viabilidad del proyecto. Eso me limita al pensar en el formato, en un número de actores determinado...me resta libertad. Respecto a los contenidos sí suelo sentirme bastante libre, no me trazo ningún camino, ni estructural ni temático. Yo no soy una persona especialmente diplomática, tengo muchos extremos y a veces puedo resultar políticamente incorrecta e imprevisible, soy muy impaciente y quiero hacer siempre muchas cosas a la vez, no me quiero perder ninguna. Creo que escribo igual.

¿La imaginación puede volvernos locos? ¿No lo estamos ya? Hombre, estamos todos como chotas, desde luego. Algunos tenemos la fortuna de contar con una potente imaginación que nos permite evadirnos y disparar historias e imágenes no presentes. Lo cual libera mucho, por cierto, a mí me salvó la infancia. Por eso soy actriz.

Lo que ocurre es que de tanto jugar con los fantasmas de nuestra cabecita, a veces, los colocamos donde no toca y, ahí, podemos confundirnos en nuestras interpretaciones del entorno y de las personas que nos soportan el día a día. Si eso ocurre, nos volvemos verdaderamente insufribles.

Para terminar te proponemos un juego: tienes que sacar un personaje teatral de su obra y meterlo en otra, sin cambiar sus características ni su historia personal ¿A quién, dónde y por qué? Y sobre todo, ¿cuál sería el resultado? Mandaría a Electra a darle la paliza al príncipe de Dinamarca a una taberna de Elsinor. Iba a dar gusto ver a los dos huerfanitos cansinos, mano a mano, lloriqueando por los padres asesinados. Menudo peñazo. Que si a uno se lo ha matado el tío, que si a la otra se lo ha matado la madre, que si yo me voy a vengar, que si yo me voy a vengar más que tú... En plan competición pero rollo terapia de grupo, vamos. El final de la escena lo veo bastante claro: el tabernero los tendría que echar a patadas.



Vayan al teatro

Zéntrense